

## CRISTO REY (Ciclo C)

Con esta celebración culmina el año litúrgico. Que Jesucristo sea Rey del Universo no debe entenderse en sentido metafórico. Su realeza es verdadera. Es cierto que, actualmente, toda referencia a una «autoridad» o «poder» resulta sospechosa. Ello es debido a que, en muchas ocasiones, quienes detentan la autoridad en este mundo no hacen un buen uso de ella. Pero también porque una mal entendida autonomía humana ha conducido, en nuestro tiempo, a despreciar toda dependencia de alguien o de algo. La enseñanza de la Iglesia, sin embargo, es clara: «Jesucristo es rey, y quiere reinar». Antes de su ascensión a los cielos, dijo a sus apóstoles: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra», y vinculó esa realidad a un mandato: «Id, pues, y anunciad el Evangelio a todos los pueblos».

El evangelio de hoy nos muestra a Jesús clavado en la cruz. Pilato, que aprovechaba todas las ocasiones para burlarse de los judíos, escribió en la cruz: «Este es el rey de los judíos». La autoridad romana no era consciente del significado profundo de sus acciones. Algunas esculturas románicas han representado a Cristo «Majestad», clavado en la cruz y coronado. Jesús reina desde la cruz.

La realeza no le corresponde a Jesús sólo como Dios, sino también como hombre. San Pablo nos recuerda que Jesús ha redimido a los hombres, y reconciliado a todos los seres, «haciendo la paz por la sangre de su cruz». Y nos dice también que todas las cosas «fueron creadas por él y para él». San Pío X hizo de unas palabras de San Pablo el lema de su pontificado: «Instaurar todas las cosas en Cristo». Y la Iglesia tiene conciencia de que los males de este mundo provienen del rechazo de Dios. San Juan Pablo II, en la encíclica “Centesimus annus”, escribió: «Todo régimen que no reconoce una verdad objetiva corre el peligro de volverse totalitario».

El único que ejerce su autoridad totalmente a favor de los hombres y que, además, logra hacer efectivo lo que desea, es Jesucristo. Él es el buen pastor que da su vida por las ovejas y, entregando su vida por los hombres, los libera de la esclavitud del pecado y les da la posibilidad de ser hijos de Dios. Ahora bien, Jesús no ejerce su reinado de forma despótica, sino que apela a la libertad de los corazones. El ejemplo de la adhesión pedida por Jesús nos lo muestra el buen ladrón. Cuando todos se burlaban de Cristo, al que veían humillado y conocían sólo en su aparente fracaso, el malhechor arrepentido suplica: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Ese pobre hombre, que es consciente de su maldad («lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos»), recurre al único que puede salvarle. Al confesar la soberanía de Jesucristo pone toda su realidad, la de su vida y también toda autoridad terrena, incluso la de los que le han juzgado y condenado justamente, en relación con Dios. Y eso le permite reconducir toda su existencia: «Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso».

Pío XI, cuando instituyó la fiesta de Cristo Rey, lo hizo con el deseo de que su celebración ayudara a mejorar la convivencia de los pueblos. Es cierto que hoy en día estamos lejos de una aceptación social de los derechos de Dios. Que la Reina de cielos y tierra, la Virgen Santísima, nos ayude a no olvidar nunca quién es nuestro auténtico Rey y Señor, sabedores de que la auténtica paz y la verdadera justicia sólo pueden venirnos de su mano.